



GONZALO
LETELIER
WIDOW

Comentario a Fratelli tutti



Fratelli tutti

Comentario a la encíclica papal



Academia Pontificia
de las Ciencias

La encíclica *Fratelli tutti*, del papa Francisco, es un documento profundamente novedoso y original, tanto en su forma como en su tema. Esto, que en distinta medida pudo decirse de la mayor parte de los documentos magisteriales en el momento de su publicación, resulta ser, en este caso, un dato fundamental: una auténtica clave hermenéutica para aproximarse al texto.

GONZALO LETELIER WIDOW

Doctor en Derecho por la Università degli Studi di Padova (Italia). Ha sido profesor en la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente es director del Departamento de Antropología y Ética del Centro de Estudios Generales de la Universidad de los Andes.

Tradicionalmente, una carta encíclica es un documento dirigido por el pontífice reinante a los obispos del mundo y, a través ellos, a toda la Iglesia. Desde *Pacem in terris* de Juan XXIII, los documentos del magisterio social de la Iglesia han tenido la particularidad de estar dirigidos también «a todos los hombres de buena voluntad», según señalan muy explícitamente sus respectivos encabezados. *Fratelli tutti* no señala sus destinatarios; de hecho, ni siquiera tiene un encabezado. Simplemente se abre con la expresión de san Francisco de la que toma su nombre, como queriendo señalar desde el comienzo que, para efectos del tema que se quiere tratar, no hay mayor diferencia. Se trata de una carta escrita al mundo, a todos los hombres.

Este parece ser el sentido de la declaración que la abre, sorprendente para una encíclica (nº 6):

Las siguientes páginas no pretenden resumir la doctrina sobre el amor fraterno, sino detenerse en su dimensión universal, en su apertura a todos. Entrego esta encíclica social como un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras. Si bien la escribí desde mis convicciones cristianas, que me alientan y me nutren, he procurado hacerlo de tal manera que la reflexión se abra al diálogo con todas las personas de buena voluntad.

Por esta razón, más que enseñar o definir, la encíclica reflexiona, exhorta, provoca e interpela.

Todo esto –es imposible no señalarlo– con ese lenguaje tan poco «magisterial» y, si se me permite el término, «encíclico» al que nos tiene ya acostumbrados Francisco. Así como el pueblo de Israel fue «migrante» en Egipto, y no «extranjero» como solíamos traducir, encontramos giros lingüísticos asombrosamente abiertos (como «la marcha hacia un mundo distinto», «con sabor a Evangelio»), informales (como los discursos «colgados de alfileres» o los problemas «que no se resuelven con parches») o simplemente argentinos; nos topamos, en fin, con Vinícius de Moraes citado como autoridad, sin que eso deba significar, sin embargo, que entonces «seamos más *light*». El título de uno de los párrafos de la encíclica no solo deja perplejo al católico tradicional, sino que suena directamente como una provocación: «Libertad, igualdad y fraternidad».

También el tema de la encíclica, quizás precisamente por su carácter tan clásico, universal y sistemáticamente omitido por la teoría social y política del *mainstream*, resulta profundamente novedoso. *Fratelli tutti* no se inserta en ninguna de las dos tradiciones fundamentales que articulan el magisterio social de la Iglesia; no conmemora ni

remite a los temas de *Rerum novarum* ni de *Populorum progressio*. Apelando a uno de los grandes ideales de la modernidad ilustrada y a un tópico clásico de la filosofía política de Aristóteles, *Fratelli tutti* identifica sus elementos coincidentes con la doctrina cristiana y los asume como punto de partida de una empresa común a todos los hombres, la cual, sin embargo, solo se hace realmente posible en virtud de la revelación y la gracia. La cuestión de fondo, en consecuencia, no es el problema doctrinal –filosófico y sobre todo teológico– del modo concreto en que deba ser entendida y formalizada la fraternidad universal de todos los hombres y la amistad política que es principio de unidad de toda sociedad, sino la elemental constatación de que tanto esta amistad social como aquella fraternidad humana están en el corazón de todos los hombres desde siempre, como el anhelo fundamental desde el cual nace todo sistema o elaboración política mínimamente compatible con la dignidad de la persona humana y con alguna idea de bien común social.

Entre las diversas partes de la ciencia teológica en general, y de la teología moral en particular, la Doctrina Social de la Iglesia es la más accesible a la mera razón natural, porque su contenido fundamental es, casi todo, de derecho natural. La gracia repara, eleva y perfecciona la naturaleza sin negar nada de lo que le es propio, de manera que el orden de la sociedad humana a la plenitud del reinado social de Jesucristo, lejos de contradecir las conclusiones puramente naturales de una razonable filosofía política respecto al bien común, la subsidiariedad o el destino universal de los bienes, las purifica, las eleva y, sobre todo, las posibilita. Cuando la Iglesia recuerda, tanto en su magisterio como en su catecismo, que «no existe verdadera solución para la “cuestión social” fuera del Evangelio», quiere decir precisamente esto: la «cuestión social» es por todos constatable y las líneas más gruesas de su solución son por todos cognoscibles; pero solo la gracia de Jesucristo es capaz de realizar aquel anhelo de paz en cuyo intento la huma-

nidad lleva su historia completa, desde la caída del Edén, simplemente fracasando.

En esta lógica, el papa ejemplifica y se pronuncia sobre muchísimos aspectos particulares, muchos de los cuales quedan abiertos a la controversia, apuntando siempre, sin embargo, a dos ideas cardinales que articulan la totalidad del documento, porque están en la base del problema político y, por lo mismo, aparecen siempre, explícitamente o de contrabando, en cualquier reflexión sistemática sobre este: los hombres constituyen sociedades porque tienen fines comunes, es decir, porque son amigos; y los diversos pueblos constituyen una gran comunidad humana y son, en consecuencia, hermanos. «La fraternidad universal y la amistad social dentro de cada sociedad son dos polos inseparables y coesenciales» (142). Esa amistad social que todos anhelamos se perfecciona (y posibilita) en la caridad; la fraternidad humana con la que soñamos desde Babel, por su parte, solo será posible cuando todos los hombres se reconozcan (porque han llegado a serlo realmente) como hijos de un mismo Padre. No será la técnica, entonces, la que salvará al mundo; no será el miedo lo que permita unir a los ciudadanos; tampoco bastará la mera justicia para resolver la «cuestión social».

Como hablándole a un mundo pagano, Francisco precisa que «los creyentes pensamos que sin una apertura al Padre de todos no habrá razones sólidas y estables para el llamado a la fraternidad. Estamos convencidos de que “solo con esta conciencia de hijos que no son huérfanos podemos vivir en paz entre nosotros”. Porque “la razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres

y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad”» (272). Como señalaba Pío XI en *Quadragesimo anno* (137), «la sola justicia, en efecto, por fielmente que se la aplique, no cabe duda alguna que podrá remover las causas de litigio en materia social, pero no llegará jamás a unir los corazones y las almas».

Ni la mera técnica ni la mera justicia, en consecuencia; «ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano. Toda otra opción termina o bien al lado de los salteadores o bien al lado de los que pasan de largo, sin compadecerse del dolor del hombre herido en el camino» (67). [®]

